

a creciente confrontación, violencia y cinismo del debate político nos lleva a preguntarnos cómo hemos podido llegar a esta situación. Hemos editorializado y analizado la progresiva pérdida de representación política de la diversidad de intereses que una sociedad cada vez más compleja exigía, y el distanciamiento de las instituciones hacia la inclusión de las grandes mayorías. Hoy, la polarización del debate político y el empobrecimiento general son evidencias de un profundo vacío de legitimidad democrática.

No es suficiente la legalidad del origen de un gobierno, sino que es imprescindible el desempeño de la gestión encomendada que tiene que estar apegada a derecho y eficiente en su objetivo de contribuir a la paz, la justicia; en una palabra: al bien común. La ineficiencia de la gestión no sólo se refiere a la ausencia de logros, "sino a la equivocación radical de lo que significa gobernar". La legitimidad democrática se sustenta en un régimen de toma de decisiones colectivas públicas, aceptadas y en pacífica posesión de una sociedad, que busca el preciado equilibrio entre lo público y lo privado como caminos para la realización de todas las personas en libertad solidaria y el desarrollo político y social sustentable colectivo.

Si la democracia no es un simple inventario de contenidos y proclamas, sino una forma de tomar decisiones, no puede desconocerse en el debate político la importancia de asegurar las formas democráticas en las alternativas políticas para superar el vacío de

legitimidad. Si no compartimos este objetivo político el choque entre los actores políticos puede hacer inevitable el colapso de la democracia.

El fantasma del cinismo

La capacidad de cohesión irrestricta de los parlamentarios oficialistas para aprobar el incremento del IVA contrasta con la ausencia de voluntad y el filibusterismo para asumir democráticamente y con transparencia la Comisión de la Verdad que construya justicia. Es evidente la desvinculación entre la ética y la política cuando se sostiene que la malversación de los fondos del FIEM es algo "normal" justificado por emergencias que tampoco se identifican. El cinismo es la falta de conciencia de la gravedad de disponer recursos públicos con el solo criterio y necesidades de quienes los administran. Permitir actos terroristas, alcabalas y confiscación organizada de espacios públicos con la justificación de ser expresiones de "molestia popular". Justificar el hambre y la desnudez para ocultar la ineficiencia y el interés prioritario por las condiciones de vida de los venezolanos. Proclamar la confianza del aparato productivo cuando en el mes de junio la inversión extranjera tuvo la ridícula cifra de 7 millones de dólares y el desempleo entra en cada familia. Adulterar el sentido del diálogo con fines estratégicos bajo el convencimiento de la "posesión de la verdad" a la que no se puede renunciar, ni puede ser discutida. Asumir

que cualquier negociación se inicia con la eliminación de uno de los interlocutores. El cinismo no es buen consejero para la justicia y la paz.

De las trincheras ideológicas hacia la negociación

Para salir de las gringolas de verdades "absolutas" tenemos que ponernos en la realidad y entender que a todos nos obliga el construir las condiciones para cimentar la legitimidad democrática de nuestras relaciones sociales.

Algunos desechan la posibilidad de diálogo y plantean la sustitución del actual gobierno con una convocatoria a elecciones lo más pronto posible estimulando la desobediencia civil y la insistencia hacia un paro general.

Asimismo, ninguno de los polos extremos se ve en la necesidad de negociar pues cada uno tiene la convicción de ganar la guerra sin recurrir a la negociación con otro. El gobierno siente que se ha afirmado en el poder y la conspiración no los agarrará desprevenidos. Todo es cuestión de astucia y fuerza.

La coordinadora democrática heterogénea en sus intereses sociales y políticos, no ha logrado articularse en torno a un proyecto común más allá de la renuncia del presidente. El abanico de estrategias incluye desde posiciones extremas como es la disposición a cualquier salida, como aquellas que respetando la Constitución de 1999 se conforman con lograr una salida pacífica, aunque implique trascender las instituciones.

Con prisa y con pausa

Sin embargo, los polos que lucían monolíticos hace tres meses se han venido decantando en procesos y estrategias de radicalización y de apertura, lo que puede facilitar condiciones para abordar una agenda de negociación. El proceso político venezolano ha despertado el interés de la comunidad internacional lo que además de debilitar salidas autoritarias como pudiera ser un estado de excepción o una salida de fuerza plantea formas de facilitación o mediación que pueden abrir nuevos espacios.

Las trincheras ideológicas excluyen a todo disidente e ignoran el genuino origen de nuestro acercamiento a la realidad. ¿En estas condiciones se puede insistir en dialogar?

Además de garantizar los espacios de libertad, el diálogo es importante en el modo de ejercerlo. Y aquí volvemos a reiterar que si la democracia se sustenta en formas de proponer y tomar decisiones tiene que darse el diálogo en condiciones que elimine todo aquello que destruya la franqueza de la relación con la realidad. ¿A qué nos referimos? Pues son barreras muchas veces invisibles pero reales: la simplificación partidista, al apasionamiento ciego ideológico, los espejismos de la formalidad vacua, los ataques personales como recurso de la fuerza, el conformismo y el anticonformismo rígido y principista, la retórica estridente. Son barreras para el hablar y el escuchar, por lo tanto, son impedimentos para descubrir lo verdadero y lo que es justo. De allí que aun cuando desconfiamos de los interlocutores,

de intenciones y estrategias que pretenden tan sólo ganar tiempo para vencer al contrario o para consolidarse en el poder, tenemos que reafirmar la necesidad de salir de las trincheras ideológicas, entender que la situación confrontacional y de carencia de oportunidades de futuro nos obliga a todos a denunciar los impedimentos y construir las condiciones que a través del diálogo facilite la negociación política de nuestra convivencia.

El consenso como negociación

La política es un arte para participar en el juego del poder y hacer posible el intercambio y la convivencia. Si algo reconoce el quehacer político democrático son las diferencias, las divergencias y la confrontación de posiciones. Por lo tanto, la búsqueda de un consenso absoluto está negado con la democracia. La complejidad de los cambios estructurales de nuestra economía va desde superar el rentismo por una visión productiva, reconocer que nuestros graves problemas educativos son la deserción y la repitencia, ambos vinculados a la ausencia de cupo y oportunidades para nuestra población, que nuestro sistema judicial además de autonomía exige probidad y eficiencia, y el sistema político requiere profundizar las formas democráticas para involucrar la diversidad de intereses y mantener como objetivo prioritario la inclusión social. Podemos llegar a firmar múltiples documentos pero ello no garantiza el compromiso de hacerlos realidad con

el esfuerzo propio. Nuestra crisis de legitimidad política es profunda. Desde hace años sabemos que nuestro Estado de Derecho sólo ha existido en forma parcial, que la ineficiencia de nuestras instituciones está asociada a la discrecionalidad de partidos políticos o intereses específicos, la movilidad social dio paso a la desigualdad y la pobreza, responder a esta complejidad no es posible sin un objetivo común de largo plazo.

El consenso mínimo es reconocer tanto la profundidad, como la complejidad de la realidad. La convocatoria de un proceso de negociación requiere al menos cierta credibilidad por lo que ni el Ejecutivo, ni la sociedad civil, ni las organizaciones políticas pueden hacerlo unilateralmente. El consenso mínimo implica el reconocimiento de los interlocutores y el establecimiento de reglas de juego que permitan con prisa y con pausa acuerdos posibles y concretos. Un paso inicial que abriría los espacios de discusión y descubriría nuevos acuerdos es el restablecimiento de la independencia y equilibrio de los poderes públicos, lo cual significa por una parte, luchar por la escogencia de ciudadanos probos dispuestos a ejercer la democracia y por otra, recurrir a la consulta electoral con mecanismos transparentes e incluyentes para tener clara la voluntad de toda la sociedad. La confianza y la productividad van de la mano de la justicia y la paz. Con prisa y con pausa.